

Todo estará bien

Campo Elías Flórez Pabón

Profesor del Programa de Filosofía

Universidad de Pamplona

I

Si me hubiesen preguntado hace un año cómo era una pandemia, no habría podido decir nada. A duras penas pude reconocer un brote de peste que les dio a los conejos cuando yo los cuidaba. Recién llegado a este oficio, y neófito en las labores del campo, empecé a cortar alfalfa sin mojar, para una población de más de ciento cuarenta conejos y conejas: gordos, blanquitos, esponjosos y redonditos.

Mi amigo Carlos Barrera era quien los cuidaba, y antes de cederme su lugar me dijo un truco: "si uno se muere, no te afanes. Busca a Abraham y él se encargará de todo". Con estas palabras algo incomprensibles al primer momento, me aventuré al oficio de cuidar conejos, como hijo de campesino que soy, o como nieto de arriero capaz de hacer cualquier cosa que los demás decían imposible, raíces que no hacen más que enorgullecerme, porque Papá o mi Nonito, siempre fueron diligentes en lo que hicieron.

Asíque, dándole cuerda a un reloj con un gallo de fondo, como única herencia paterna, y un par de campanas que parecían unas orejas gigantes, puse el señalador para que sonara la alarma a las 5:00 de la mañana, y tras rezar un padrenuestro y una avemaría me fui a dormir, como hacen los cristianos. Efectivamente, el reloj sonó a la hora programada, y de un salto tiré las cobijas a un lado para ir a lavarme la cara. Me puse un jean viejo, unas botas La Macha de Croydon de mediacaña, un buzo gris y una gorra, acompañado

de una ruana vieja. Salí con linterna en mano, buscando la hoz para ir a cortar la alfalfa para los conejos, según la indicación del día anterior.

—Recuerda que debe estar seca; si está mojada, la alfalfa mata a los conejos reventados —dijo Barrera.

Con la mano extendida empecé a caminar en medio de la mancha de alfalfa y buscaba la que no estuviera mojada. Recorrió la media hectárea sembrada y descubrí que no había nada seco. Algo afanado por mis comensales, empecé a mirar qué hacer. Pero, a las 5:20 de la mañana en medio del campo no hay mucho por esperar, así que me senté enfrente del cultivo, imaginando qué podría hacer.

Pasaron como diez minutos, donde el único que cantaba era el gallo. Pasó don Pedro, el señor que ordeñaba las vacas, con dos cántaras de leche, y al verme me dijo:

—Sumercé, ¿qué le pasa?

—Nada, Pedrito, que yo tengo muy mala suerte —espeté yo.

Sin embargo, con una sonrisa en la cara, este perro viejo me replicó:

—Eso fue seguramente que lo echó la coscofina (inmediatamente se sonrió).

—No. No es eso. Es que no sé cómo darles de comer alfalfa seca a los conejos, porque si les doy solo concentrado, no me alcanzará el bulto para la semana y Barrera me regañará.

Pedro me dijo:

—Seguramente al indio de Carlos se le olvidó decirle que ese oficio no se hace en la mañana, sino en la tarde. Que se corta, se extiende en el piso del granero donde está el alimento de las vacas, sobre las pajas, para que al otro día esté seco y, si hay sol, se asolea un rato; se deja enfriar, y se le lleva a esa conejamenta. Seguramente ese infeliz estará a esta hora riéndose de sumercé, imaginando qué hará.

Dicho esto, agarró el par de cántaras, porque había perdido minutos valiosos y se apresuró a dejarlas en la entrada de la finca para que el carrotanque recolector de leche pudiera llevar lo que la finca producía.

Estas palabras fueron como un aguijón, y tras escuchar esto, fui a buscar

algo de concentrado, como tres kilos y medio, para servir en la jaula a los comensales como tentempié. Ahí pensé que, porque aguantaran un poco de hambre, no pasaría nada. Al fin, no podían hablar para delatar que su custodio no les había ofrecido un desayuno como estaban acostumbrados. Acto seguido les cambié el agua, barrí mucho estiércol en forma de bolitas negras, más de media arroba, y lo llevé al tonel de compostaje, y lavé el hedor del piso con la manguera. Eran las ocho de la mañana, el sol brillaba fuertemente y ya iba terminando. El primer acto del día estaba listo, era hora de desayunar. No fue tan duro como pensé, salvo por la broma que me gastó la picardía de Barrera.

Pasado el desayuno con café negro y media arepa de pelao, fui a cortar un poco de pasto para asolearlo, al igual que alfalfa para la tarde. Así, corté dos bultos de pasto y uno de alfalfa. Saqué medio bulto de zanahoria, también las sequé para que el sol hiciera su efecto, y después de horas de sol, movimientos y mi espalda algo cansada, recogí todo para reposarlo a la sombra. Allí en la penumbra, prendí la pica-pasto y molí los dos bultos para que los conejos cenaran. La alfalfa como arbusto no se picaba, al igual que la zanahoria; solo se lavaba y se secaba para evitar restos de fungicidas químicos en lo que los animales consumieran.

Hacia las 11:00 a. m. ya los animales estaban famélicos y, al percibir el pasto, la alfalfa y la zanahoria, agitaban las jaulas metálicas de tal manera, que el sonido era un zumbido poco agradable, que lo presionaba a uno psicológicamente para servirlos a todos. Primero fue la zanahoria, después el pasto de jaula en jaula y, por último, una ración de alfalfa para que terminaran de pasar la tarde.

Apenas terminaron de comer las zanahorias e iniciaron con el pasto, empezó una lluvia negra de excrementos y orines bajo las jaulas. Bolitas negras que caían incessantemente como si la lluvia no tuviera fin. El calor con los orines no se lleva bien y pronto los olores se hicieron notar. Se repitió el ritual matutino. Se les cambió el agua porque ellos se orinaban en los recipientes, se barrió una nube de bolitas negras y se lavó debajo de los corrales, que estaban suspendidos como a un metro y 20 centímetros del suelo. El lugar era un viejo galpón que se había adaptado para las jaulas de estos animales.

Cada jaula tenía a dos y, en algunos casos, a tres arrendatarios. Pude entender que eran macho, hembra y el tercero, siempre era su hijo. El problema comenzaba cuando la libido animal no distinguía si era madre o hija, y se cruzaban entre parientes, debilitando genéticamente más a su próxima generación. Debía estar muy atento a conocer a los inquilinos y sus

costumbres, para evitar, en la medida de lo posible, esto. Generalmente, se evitaba que hubiera tres por presidio, pero en este caso aún no se habían instalado más jaulas para los nuevos miembros de la manada.

Después de esto, fue la hora de almorzar. La mañana pasó volando; no hubo tiempo ni para ir a orinar. Antes del almuerzo, todos iban al baño, se aseaban y, se ponían a degustar una deliciosa sopa. Se descansaba media hora y cerca de la 1:30 p. m. se retomaba el trabajo de la tarde: a recoger más pasto, más alfalfa, cambiar el agua, barrer y lavar. A esto se añadía el hecho de mirar, jaula por jaula, que no hubiera uno muerto, y que en las jaulas de tres no estuviera pasando nada raro.

A las 5:00 p. m. se les daba la última ración, se revisaban las jaulas y se cerraba la función para el otro día, no sin antes, volver a recoger pasto y alfalfa para secar al otro día.

Cerca de las 6:30 p. m. se servía la cena, y listo: a dormir para el otro día. A pesar de que no era un trabajo duro, la espalda estaba cansada y la falta de costumbre siempre actúa. A las 8:00 p. m., sin que el noticiero se hubiera acabado, ya me acercaba a la cama con ganas de dormir, pues al otro día el ritual debía continuar. A mitad del padrenuestro me quedé dormido, pero alcancé a darle cuerda al reloj de campanas y fondo de gallo.

II

En el segundo día en mi oficio, esperaba que todo fuera más fácil, pues el conocimiento que da la experiencia es lo mejor para nuestra tranquilidad. Antes de que las campanas del reloj detonaran con semejante ruido, ya había abierto los ojos, algo renovado. Como ya sabía qué había que hacer y ya tenía hasta el pasto picado en el granero, lo mejor era una ducha para iniciar con mejor ánimo. Como pude, me envolví y fui al baño para descansar. Me bañé como diez minutos con agua algo caliente, me puse las mismas ropas y me fui a la rutina algo confiado.

Saqué la alfalfa, el concentrado, el pasto y el agua. Lo puse todo como se había indicado. Barrí, lavé y almacené los excrementos para compostaje, pues de lo que produce el conejo nada se pierde, todo se aprovecha. Ojalá con los humanos fuera igual. Sin embargo, el segundo día afianzó lo que se debía hacer. Las tareas fueron más rápidas, y hasta sobró tiempo para ir al baño entre jornadas. Por la noche ya no había tanto cansancio, y pude leer un rato unos manuales sobre la crianza de animales. Con el cansancio a flor de

piel, preparé el reloj, oré de manera diferente con la Biblia y me acosté, con la idea de que a partir de ahora todo estaría bien.

III

Al tercer día me percaté de que ya distinguía algunas cosas entre los animales, y que ellos al verme sabían que yo era quien los alimentaría. Ellos son también inteligentes, a su modo. Con la ración de la tarde, revisé los animales y revisé las jaulas, descubriendo un parricida en una de ellas. Dos machos, padre e hijo, se disputaron un duelo a muerte por su madre, y tras una feroz lucha, el hijo acabó con los derechos del padre. El padre, en reprimenda, le quitó un pedazo de nariz a su hijo. Así, con el tercer día, ya tenía que utilizar el libro donde se reportaban los nacimientos, pero también los decesos. Al limpiar la jaula, la sangre del padre desnucado por su primogénito, lo amarré a la cintura y procedí a cerrar todo, como siempre. Pero antes de que se me olvidara, anoté en aquel libro el deceso del animal, donde el total era de ciento treinta y nueve. En el libro se puso la causa de muerte, supuesta por este neófito forense.

Me fui cerca de la casa y decapité el cadáver. Lo colgué de las patas para que se desangrara en un balde. Después de 15 minutos, rayé su cuero con un cuchillo, extendiendo el cuero en el piso, arrojando cal sobre este; dejé el cuerpo en una olla, y en la cocina se rieron diciendo:

—En apenas tres días, y ya va el primero. En un mes veremos qué pasa —mirando hacia fuera. Pedro aún continuaba la parranda, pero no se le olvide llamarle si esto vuelve a ocurrir, no se lo lleve al marrano Abraham, ya que el conejo sudado sabe mejor para nosotros que pa'l cerdo.

En la noche, la cena era un calentado del almuerzo y un guiso del difunto padre. El conejo sudado también sabe bueno, pues tenía un sabor a leche, que ocultaba ese almizcle que tienen estos animales.

Con algo de pena, no quería comer la carne del conejo, pero sabía que era una bobada sentir pena por este ser que se crió para eso. Sabía que la única manera en que ninguno debía comer era si la muerte era por peste de estos animalillos.

Vi las noticias, revisé las labores del otro día, alistando el reloj despertador. Pedro anunció que mañana vendría Barrera, porque ya era tiempo de matar algunos animales, y que para ese oficio se necesitaban

manos expertas para rayar los cueros, los cuales se vendían mejor que la carne de los conejos.

IV

Siendo las 5:00 a. m. me levanté con el reloj, y me alisté esperando a Barrera. Sabía que no debía alimentar a los animales, no porque lo hubieran dicho, sino que lo intuía. Ese día era el que Barrera esperaba la ayuda del geróntico de Pedro para ejecutar a los conejos. Con un café en la mano, pensaba a cuántos y cuáles escogerían. Rayando el sol, apareció primero Pedro y en sus hombros un madero circular como de más de tres metros de largo, y no tan ancho.

Me vio y dijo:

—Guenas las tenga, y santo el día no será hoy.

Sonrió ampliamente, no le presté atención y con el último sorbo, le ayudé a trancar el palo entre una cruz de las vigas del techo y el piso de tierra. Hacia las seis de la mañana, Barrera apareció, gritando:

—¡Rapiditooo, señores! ¡Vamos a lo que vinimos!

De un costal sacó tres cuchillos, uno para cada uno, y todos con filo, parecía, porque lo hizo con cuidado. Acto seguido, Pedro me llamó camino a las jaulas, y los conejos, al sentir su aroma, iniciaron a gritar, como si hombres lloraran amargamente al ver la Parca.

Inició por las jaulas del fondo, y una a una fue sacando los más lindos y gordos. No pensó si eran hembras o machos, y los colgó de las patas verticalmente con unas cabuyas que Barrera había alistado. Tenía ese cadalso, capacidad para amarrar a diez conejos. Boca abajo quedaron los primeros, y al voltear para traer otros tantos, vi cómo Barrera los decapitaba, como un juego. Al volver, un charco de sangre en el piso, y las cabezas engastadas en un pedazo de la cerca.

Pedro rayó con otra rapidez los cuerpos sin sangre, y les quitó con cuidado el cuero. Bajo el cobertizo, con cal viva, los ponía para que las pieles se secaran, mientras en una tina los cuerpos reposaban. Así, la hecatombe terminó y cien conejos, cabezas y pieles aparecieron. Eran las nueve de la mañana para ir a la casa de la finca a desayunar. En el silencio solo se sentía

la alegría de Pedro y Barrera y mi preocupación, porque dijeron que en seis meses deberían entregar la misma cantidad de cuerpos. Aunque ya sabía cómo funcionaba todo en la cría de conejos, mi mente me dijo que todo estaba bien, pero en el fondo la incertidumbre me asaltaba como cuando se inicia un camino desconocido. El día pasó normal, sin tanto ajetreo; me fui a dormir temprano, y el reloj sonó a la misma hora de todos los días a la mañana siguiente, pero en vez de ir a la jornada, alisté mis pertenencias y escribí en una hoja algunas palabras para Barrera.

Decía así: "Querido Carlos, te agradezco infinitamente por la oportunidad de aprender a trabajar, pero después de ayer algo se quebró en mí, y si no salgo de aquí, las cosas no van a estar bien. Nos veremos en el camino, y si Dios quiere, te volveré a escribir; me voy pa' la capital".

Salí a la terminal de Ubaté en Cundinamarca y tomé un bus hacia cualquier lugar, creyendo que el destino era la capital. Cuando el autobús inició la marcha, en mi mente solo había una seguridad: todo va a estar bien porque el camino que se inicia con incertidumbre siempre termina con certezas.

Declaración de uso de inteligencia artificial

En la elaboración de este artículo, el autor utilizó la IA Gemini para ajustar la redacción del texto. Después, revisó y modificó cuidadosamente el contenido; por lo tanto, asume la responsabilidad total de la publicación.